



Acercarse a la conciencia desde la perspectiva de Sartre es relacionarla con el mundo que puede -y en efecto, lo hace- limitarla y determinarla. Del mismo modo que este mundo no puede reducirse a la conciencia, el individuo es contingente y su destino es la muerte, “*está allí arrojado en el mundo sin haber optado por ello, existe en un mundo espacio-temporalmente dado, con su cuerpo también dado*” (López Sáenz, 2016, p. 290). Saber que el hombre ha sido arrojado al mundo -sin que se le haya preguntado previamente acerca de ello- enlaza con la mencionada condena a la libertad, que también obliga al individuo a decidir y le conduce al sentimiento de angustia.

Reflexionar sobre ese *ser arrojados al mundo* recuerda al individuo que nada sabe de aquel momento en que se nos preguntó o no si lo consentíamos. Nadie pregunta al hombre si desea o no nacer. El ser humano es un completo desconocedor de los entresijos de la existencia que le es dada: nacer es equivalente a ser abandonado en el mundo, pero también es vivir atado a una continuidad de decisiones y encrucijadas, de sendas y caminos. La génesis -el nacimiento- de la existencia humana no es otra que la de haber sido arrojados al mundo.

*El existencialismo es un humanismo*, es junto a *El ser y la nada*, una de las obras de Jean-Paul Sartre que mejor cristalizan el análisis y la reflexión sobre la conciencia humana en relación